

“Creer en el amor”

Siempre es recomendable la coherencia entre el creer y el actuar. Pero hay una condición esencial: liberarse de toda malicia para proponerse un camino de amor y dejarse guiar por ese amor para, de este modo, orientarse hacia la plena realización de la propuesta elegida.

La acción amorosa tiene una fuerza propia: es creadora, produce frutos buenos en la persona y en su entorno; nos da comprensiones renovadas de lo más íntimo y construye relaciones de amor con los demás hombres.

Esta decisión de amar es como una semilla “sembrada” en nosotros. Por lo tanto, en cada persona, esta semilla depositada lo dirige al bien, a la justicia, al don de sí y a compartir. Acogida y cultivada con cuidado en la propia “tierra” es capaz de producir vida y frutos.

Es necesario desarmar el corazón y “entregarnos” a la propuesta de una vida en el amor para ponernos en una libre y valiente escucha de la voz dentro de nosotros, a menudo sutil y discreta. Ella nos pide salir de nosotros mismos y aventurarnos por los caminos del diálogo y del encuentro con todos, y nos invita a colaborar para construir una humanidad más bella, en la que todos nos reconozcamos hermanos.

En efecto, esta opción por una vida en el amor tiene la capacidad de transformar nuestra cotidianidad en una historia que nos libera de la oscuridad, del mal individual y social, pero exige una adhesión personal, consciente y siempre renovada.

En 1992 Chiara Lubich sugería que *una extrema coherencia entre la elección del amor y la vida que esta elección comporta fascina y atrae a todos. Así debe ser en nosotros. Tener la simplicidad de los niños y poner en práctica el amor con su pureza y luminosidad, con su fuerza y radicalidad. ¿Podría haber una aventura más grande y más hermosa?*